

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

Tófel y Laván

Contó el Maguid de Jerusalem, el Rav Shabetay Yudelevitz, zatzal:

«Un Tishá Beav, los habitantes de Jerusalem se sentaron en las sinagogas y lloraron amargamente. De pronto llegó un turista no judío y vio a todos llorando. Preguntó qué había ocurrido, y le contaron que el **Bet Hamikdash** había sido destruido. El turista preguntó: «¿Y por eso hay que llorar tanto? Seguro que hay otros lugares bonitos». Le explicaron que el **Bet Hamikdash** no era un lugar más, sino que era la casa más hermosa del mundo. Entonces el turista preguntó: «**¡En ese caso, ¿por qué no lo aseguraron?!**».

Esa es la naturaleza humana: siempre se quiere resolver los problemas, y por supuesto, si es posible evitar que haya problemas, mejor aún. Se contrata un seguro de vida, un seguro contra accidentes, un seguro de bienes, de trabajo, de viajes, etc. Lo principal es estar siempre asegurado, sentirse tranquilo. Incluso cuando **–jas veshalom–**, ocurre una desgracia, la reacción inmediata es volverse hacia el aspecto práctico e intentar resolver el problema, olvidando que hay otro aspecto: el aspecto espiritual. Nos ocupamos del problema material y nos olvidamos del “problema” espiritual.

Moshé Rabenu reprendió al Pueblo de Israel de forma indirecta; al recapitular acerca de los lugares en donde habían transgredido, les dijo: «... entre Parán y entre Tófel y Laván», y Rashí trae las palabras de los Sabios: «Dijo Rabí Yojanán: “Revisamos toda la Torá y no encontramos ningún lugar llamado Tófel ni Laván; lo que sucedió es que Moshé Rabenu los reprendió por las palabras con las que ellos habían difamado al **man**, que es blanco (**laván**), y también por lo que hicieron en el desierto de Parán con los espías».

Si analizamos las palabras de Rabí Yojanán, veremos que para llegar a la interpretación verdadera era necesario esforzarse: «Revisamos toda la Torá y no encontramos...». Esto está insinuado en el dicho de los Sabios: «Te esforzaste y encontraste, créelo». A primera vista debería haber dicho: «Te esforzaste y **tuviste éxito**...», ¿por qué se utilizaron el término «**encontraste**»? Porque no hay una relación directa entre el esfuerzo y el resultado. Una persona puede esforzarse mucho por encontrar una respuesta a una pregunta difícil y de pronto le llega una idea desde un ángulo en el que nunca había pensado. Por eso se dice: «Te esforzaste y **encontraste**».

Y tal vez por eso está escrito que el tercer **Bet Hamikdash** descenderá totalmente construido del cielo: porque si estuviera en nuestras manos construirlo, estaríamos ocupados resolviendo problemas e intentando construirlo. Pero ahora que no necesitamos cargar piedras, debemos enfocarnos en lo esencial: el sufrimiento de la **Shejiná** (la Presencia Divina) por el exilio en el que ella se encuentra junto con nosotros, y en buscar nuestro camino espiritual hacia la reconstrucción del **Bet Hamikdash** muy pronto.

(Tiv Hatorá – Devarim)

¡Qué le queda a un padre que ha desterrado a sus hijos...! ¡Ay de los hijos que se alejaron de la mesa de su padre!

Se enseñó en una **baraitá** que dijo Rabí Yosé: «Una vez iba caminando por el camino y entré en una ruina entre las ruinas de Jerusalem para rezar. Vino Eliahu Hanaví, recordado para bien, y me cuidó la entrada hasta que terminé mi plegaria. Cuando terminé de rezar, me dijo: “**Shalom aleja, Ribí**” (‘La paz esté contigo, Ribí’), y yo le respondí: “**Shalom aleja, Ribí Umorí**” (‘la paz esté contigo, mi Rav y mi Maestro’). Y me dijo, entre otras cosas: “Hijo mío, ¿qué voz escuchaste en esta ruina?”. Y le respondí: “Escuché una **bat kol** (voz celestial) que se lamentaba como una paloma y decía: ‘**¡Ay de los hijos por cuyos pecados destruí Mi Casa, quemé Mi Santuario y los desterré entre las naciones!**’”. Y me dijo: “Por tu vida y por tu cabeza, no sólo en esta hora dice eso, sino que cada día, tres veces al día, lo dice. Y no solo eso, sino que en el momento en que los Hijos de Israel entran en las sinagogas y casas de estudio y responden [al Kadish]: “**¡Yehé Sheméh Hagadol mevoraj!**” (‘Que Su Gran Nombre sea bendito’), **Hakadosh Baruj Hu** sacude Su cabeza [acongojado] y dice: ‘Dichoso el Rey a quien así alaban en Su Casa. **¡Qué le queda a un padre que ha desterrado a sus hijos...! ¡Ay de los hijos que se alejaron de la mesa de su padre!**’”» (**Berajot 3a**).

Según el significado simple de lo que le dijo Eliahu Hanaví, el sentido del texto es que el Creador se entristece cuando los Hijos de Israel responden «**¡Amén! ¡Yehé Sheméh Rabá!**», y el gesto de «sacudir Su cabeza» expresa ese dolor, a la vez que dice: «**¡Qué le queda a un padre que ha desterrado a sus hijos...! ¡Ay de los hijos que se alejaron de la mesa de su padre!**».

Y esto resulta sorprendente, ya que es bien sabido cuán grande es el **et ratzón** (‘momento de favor’) cuando los Hijos de Israel responden «**¡Amén! ¡Yehé Sheméh Rabá!**», hasta tal punto

que se dijo en el Talmud (**Shabat** 119b) que, a la persona que lo responde, el Tribunal Celestial le rasgan un decreto de setenta años de duración que pesaba en su contra; y en el **Tratado de Sotá** (49a) se dice que «el mundo se sostiene por el legendario “**¡Yehé Sheméh Rabá!**”». Se deduce, entonces, que este momento produce gran satisfacción ante el Creador y que es un tiempo de benevolencia en lo Alto. Y si eso produce angustia al Creador, ¿cómo puede ser a la vez un momento de favor? A simple vista, hay aquí una contradicción.

Tal vez por esta razón trajo el Tosafot Harosh, allí mismo, que hay quienes no incluyen en su versión las expresiones de dolor: «¡Ay que destruí Mi Casa...! ¡Ay del padre...!» (véase allí). Y según esa versión, sólo se lee: «Dichoso el Rey...», lo que cambia el sentido de «sacudir Su cabeza», que ya no implica congoja sino todo lo contrario, alegría y satisfacción.

Sin embargo, los Sabios resuelven la aparente contradicción explicando que ambas versiones son verdaderas. Es sabido que el Creador siente más satisfacción por el servicio de los Hijos de Israel en el exilio y en un estado espiritual de “pequeñez”, que por el servicio que realizaron en tiempos del Bet Hamikdash, cuando el servicio se hacía en un estado espiritual de “grandeza”, porque el verdadero deleite Divino surge del esfuerzo, el trabajo y la lucha frente a la dificultad y a las pruebas, más que de la comprensión y la grandeza espiritual.

Y una prueba clara de ello, una señal indiscutible, se ve al considerar la duración de la historia: de los seis mil años del mundo, la mayoría ya han transcurrido en el exilio, y sólo una ínfima parte corresponde a los tiempos del Bet Hamikdash, menos de mil años sumando ambos Templos. La mayoría de los años de existencia del mundo han pasado con el Pueblo de Israel en sufrimiento y angustia, y con la Shejiná en exilio. Por fuerza, este debe ser el propósito: que de esos años surja un deleite superior y una corrección más profunda del mundo.

Según esto, resulta que justamente

de la misma tristeza que experimenta **Hakadosh Baruj Hu**, surge una satisfacción aún mayor ante Él, y por eso se transforma en un gran momento de benevolencia el hecho de que el Pueblo de Israel responda «**¡Amén! ¡Yehé Sheméh Rabá!**». Cuando los miembros santos de Israel se sobreponen alas dificultades, aun en medio del exilio, y claman con todo el corazón: «**¡Yehé Sheméh Rabá mevoraj lealam ulalmé almayál!**», a pesar de las dificultades, los sufrimientos físicos y espirituales, tanto internos como externos, y a pesar de las múltiples y profundas angustias que padecen por la dureza del exilio, lo dejan todo de lado y, con fe íntegra, aceptan el gobierno del Creador con amor, y bendicen y agradecen: «**¡Yehé Sheméh Rabá mevoraj...!**».

Así, se entiende que el momento de benevolencia que se alcanza al responder «**¡Amén! ¡Yehé Sheméh Rabá!**» en tiempos de exilio y sufrimiento, es aún mayor que el alcanzado en tiempos en que el Bet Hamikdash estaba en pie. Y estas son palabras que estremecen.

• • •

El anhelo insondable por la restauración de Jerusalem

Así como en todos los aspectos del servicio a D-íos existen múltiples niveles, unos más elevados que otros, así también en el tema del anhelo por la redención hay distintos grados.

A modo de ejemplo, mencionaré algo que tuve el mérito de ver con mis propios ojos muchas veces. En muchas ocasiones tuve el mérito de ver la conducta del **Gaón y Tzadik**, el rabino jefe del Tribunal Rabínico de Jerusalem, Rabenu, el Rav David Jungreis, **zal**, durante su tefilá. Como parte de su rutina diaria solía llorar con abundantes lágrimas cada vez que llegaba, en la **Amidá**, a la bendición de «Y a Jerusalem, Tu ciudad, con misericordia retorna...»; lloraba tanto, hasta que su barba se llenaba, gota a gota, de lágrimas.

Y en ese momento hacía con sus

manos un gesto como si se estuviera ahogando, llevándolas al cuello, del profundo dolor por la destrucción del Templo, como quien acepta sobre sí algún tipo de muerte, en aras de la redención de Israel.

Siempre me intrigó aquella escena impresionante, hasta que encontré lo que anhelaba mi alma en el libro **Yearot Devash (Derush 1)** del Rav Yehonatán Eibshitz, en su discurso conocido sobre la intención adecuada en las bendiciones de la **Amidá**, donde escribe, y cito textualmente:

«En la bendición “Y a Jerusalem [...] y haz florecer el retoño de David”, se debe derramar lágrimas sin interrupción por la reconstrucción de Jerusalem y la restauración del linaje de David, porque ese es el objetivo supremo de la perfección humana. Y si no tenemos a Jerusalem ni el reinado de la Casa de David, ¿para qué queremos la vida?... Y si los ángeles celestiales claman con llanto y lamentación por la destrucción de Jerusalem, día y noche no descansan, y ellos son los verdaderos dolientes de Sión, ¿cómo podríamos nosotros quedarnos en silencio y no llorar por la profanación del Nombre Divino que se ha producido con la destrucción de Jerusalem y la pérdida del reinado de la Casa de David?

»Todo hombre debe decir en su corazón: “**Amo del Universo, entrego mi alma por la santificación de Tu Nombre. Y si no soy digno de ver la reconstrucción de Sión y la restauración del reinado de la Casa de David, moriré por la santificación de Tu Nombre y que mis ojos no lo vean. Aun así, construye Jerusalem y haz florecer el linaje de David, ¡para que Tu Nombre sea santificado!**”».

Al ver todo esto, encontré un firme respaldo para la conducta sagrada del Rav Jungreis, de bendita memoria, que seguramente tenía la intención de cumplir con lo dicho por Rabí Yehonatán Eibshitz: que estaba dispuesto a entregar su alma por la reconstrucción de Jerusalem y del Bet Hamikdash.

¡Este es un nivel elevado y excelso de anhelo por la redención digno de emular!